



Septiembre 5 de 2019

Etty ha causado en mí algo más personal que académico. La lectura de su diario y la asistencia, en agosto pasado, al “*Primer Encuentro Iberoamericano Etty Hillesum. Mística – Arte – Vulnerabilidad*” en Villa de Leyva, me hablan de tres temas que me interesan primero como persona y luego como estudiante de teología, estos son: su encuentro con Dios, la vivencia de su sexualidad y su manera de asumir el dolor.

Su encuentro con Dios

He entablado una conversación con Etty, le he contado en que nos parecemos, que me gusta de ella y en que somos distintas. Como ella, estoy buscando a Dios de manera consistente, sí se puede decir así, reconozco que estoy en un proceso de descentramiento para dar a Dios su lugar en mí. Desde niña siempre he sentido esa continua tendencia hacia Dios; mi papá sembró en mí la Fe cristiana, me enseñó que Jesús es mi Dios, pero no como conocimiento teórico sino vivencial, mi padre me llevó a la Infancia Misionera, fui cercana a mi parroquia mucho tiempo. Cuando joven practiqué meditación zen y yoga, y hace un par de años empecé a estudiar teología. Por distintos caminos y de distintas maneras he buscado a Dios, en unos momentos más que en otros, me he perdido, sigo en su búsqueda y sé que ÉL también lleva rato buscándome.



Durante el Encuentro en El Duruelo, hubiera querido estar al mismo tiempo en una Seshin Zen, en un retiro. Fue como haber escuchado interesantes reflexiones sobre la nadadora olímpica Etty Hillesum, sin una piscina al lado para intentar nadar. Estoy más motivada a escribir mi diario o mis reflexiones, y en realidad, me siento más empujada al silencio y a la quietud. La charla de Li Mizar y sus pinturas fueron muy significativas para mí, su estética me permitió entender a Etty de una manera menos cerebral, tocó otras fibras de mi ser; la manera como esos artistas, Rothko y Neumann, lograron capturar en un

lienzo su relación con Dios, fue como poder meter los pies en el agua.

Quiero hacer lo propio, lo que a mí me corresponde. Porque como decía Milagros, se trata de una experiencia vivida en primera persona. Ahora en mi habitación tengo dos cuadros pintados por Li, un lirio y unos cuencos, me invitan a la soledad, a meditar y a estar en silencio, porque esos son los espacios que le dejo a Dios para habitarme, como lo hizo Etty. También quiero defender tu morada en mí, Dios mío. Robarle unos minutos a mi descanso diario, antes de dormir o antes de levantarme en la mañana, es cuando más silenciosa está Bogotá, es mi mejor momento para estar en silencio por fuera, e intentar estarlo por dentro.

Suelo caminar desde casa a la Universidad y regresar también por mis piernas, tardo veinte minutos en cada recorrido, esos momentos se han vuelto de conversación con Dios, sostengo con él un entretenido diálogo sobre mi vida, muchas veces me descubro en esa conversa divina en cualquier momento del día, pero sobre todo cuando estoy sola, cuando cierro la boca y no estoy distraída con alguien más. También me gusta escribir porque me ayuda a desocuparme, a abrirle espacio a Dios, a profundizar en el silencio; me recuerda cuando en las Seshines el maestro Zen me daba trabajo físico pesado, con pica y pala, eso me ayudaba a apaciguar mi mente inquieta y me permitía centrarme en la meditación, algo así me ocurre con la escritura.

Dios, quiero hacerte más campo en mi vida, permanecer en silencio a solas contigo, media hora cada día, una hora cada día. Además de nuestras caminatas, quiero dedicarte, o mejor, dedicarnos un tiempo de intimidad para estar en ti y tú en mí diariamente, con la disciplina que lo hacía Etty. Quiero escribir de ti, Dios mío, o mejor, escíbete a través de mí, como lo hiciste con ella. Amén.

La vivencia de su sexualidad

Fue una grata sorpresa encontrar a una mística tan sexy como Etty, no me lo esperaba. Soy mujer y me encanta serlo, también puedo decir, llena de orgullo y picardía, que soy una amante sofisticada, una mujer fácilmente excitable, me gusta mi cuerpo y lo que me hace sentir, me fascina el sexo, lo disfruto a plenitud. Como a Etty, la boca de un hombre puede perturbarme durante largo tiempo, somos claramente heterosexuales, me gustaría poder hablar con ella sobre lo que más nos vuelve locas de un hombre, sobre las partes de su cuerpo más sensibles, preguntarle mil cosas sobre S. como amante y quejarme de lo difícil que se ha vuelto conseguir un “buen catre” en este siglo XXI. ¡De hecho, hasta le pido a Dios que me regale un S.!

Me gustó mucho la conferencia de María Clara Lucchetti Bingemer “de Eros a Ágape”. Por mi propia experiencia puedo entender que el sexo se halle más cerca de Dios que lejos, entiendo cuando ella dijo “Dios es objeto de deseo”, no es sólo un deseo del alma, del espíritu, sino que es un deseo del cuerpo, porque somos esa unidad. Las ganas de Dios son ontológicas, eso quiere decir que son existenciales y a la vez corporales, son totales. Mi deseo de Dios no es la misma atracción que siento por un hombre, no es tan sexual, pero sí es corporal.

Cuando Etty habla de querer morder y masticar los labios de S., sé a qué se refiere, lo he sentido, esas ganas posesivas por un hombre. Pero también he sentido intensas ganas de dejarme poseer, de complacer, el sexo es un acto de entrega. Yo tengo ganas de Dios, pero no son posesivas, más bien son del tipo de dejarse poseer, son incisivas y están en mi cuerpo, en mi psique y en mi alma, en todo mi ser. No sé si me hago entender, es difícil de explicar.

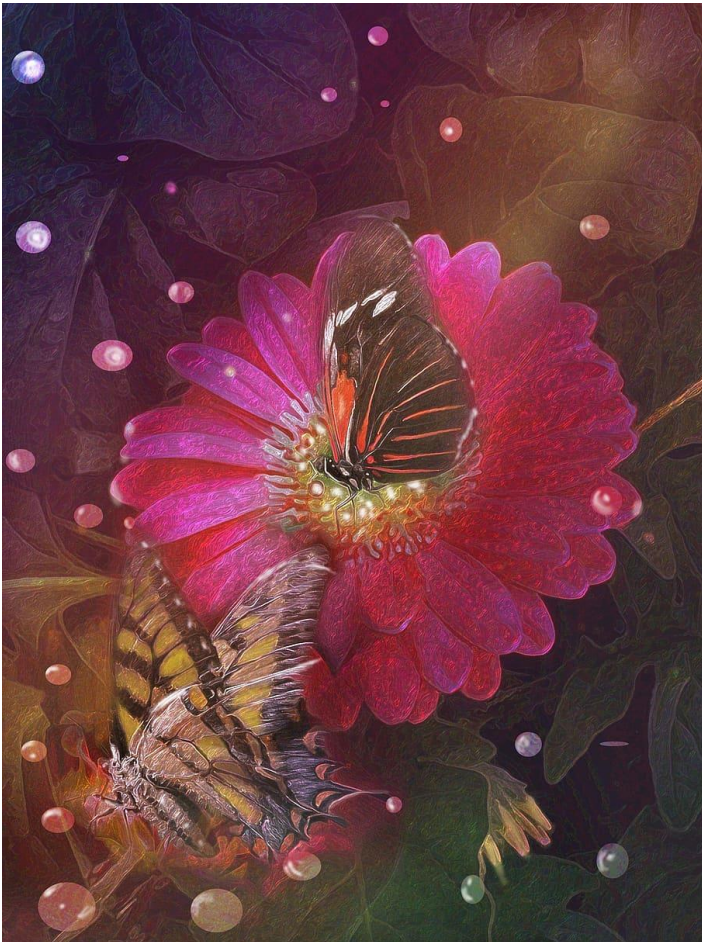
Quisiera conversar algún día con María Clara sobre todo eso. Incluso quise preguntarle su opinión sobre el celibato, porque a mí me parece una exigencia muy arriesgada, incluso siento compasión cuando pienso en un sacerdote o en una religiosa, parecidos a mí en el vigor de su erotismo, porque yo también



estoy buscando a Dios seriamente y sí me plantean como condición ser célibe, tendría que vivir una tortura peleando con mi cuerpo y con mi esencia femenina.

Su manera de asumir el dolor

Entre Etty y yo hay una gran diferencia, yo soy mamá, es increíble como los hijos dan sentido a la existencia. Juan Ricardo y Eliana son mi vida, son lo mejor que soy, conozco ese amor de madre que con sobradas razones se dice, es el más cercano al amor de Dios: amas a un hijo de tal modo que prefieres sufrir en su lugar, sus alegrías son las mías y sus tristezas mis penas. Amo a mis hijos con una entrega que no tiene comparación, ellos son mi principal eje, aunque mi centro es Dios, en torno a ellos se organiza mi vida. Con mis hijos se hace cierto que todo es Liturgia, como dijo aquella mujer costeña en su intervención. Ellos son mi mayor vulnerabilidad, mi mayor alteridad, mi más pleno amor.



Recientemente he sentido, cada vez con más fuerza, un deseo de servir a los demás, imagino que es la acción de Dios en mí, como explicaron tantas veces en la Villa de Leyva. Me pregunto realmente qué hago por los otros, además de mis seres queridos; si llegara a amar a todos mis congéneres como amo a mis hijos, sería capaz, como Etty, de repartir mi cuerpo como pan con los demás.

Pero no puedo siquiera pensar, cómo vivir en un Campo de Concentración con hijos pequeños sin enloquecerse. Cómo habrá sido el tormento de esas madres judías en ese tren con sus niños. No creo ser capaz de soportar eso, es demasiado. A veces siento que Dios está en el filo de la navaja entre la desesperación y la paz interior. Etty pudo encontrar a Dios, pero Misha se quedó en la locura, me da miedo correr su suerte. Pienso en ello y siento un temor asociado con mi búsqueda de Dios, me siento intimidada por el sufrimiento que pueda ser necesario para mi encuentro con ÉL.

Si la vulnerabilidad es esa fisura de la existencia por la que Dios se cuela, entonces estoy dispuesta, abrazo esa oportunidad, como decía Rosana. Acepto que el dolor hace parte de la vida y he visto que nos hace más humanos, de que es un maestro no me cabe la menor duda, es mucho más fácil ponerse en los zapatos del oprimido, cuando has vivido bajo la opresión. El dolor está ligado al sentir, al existir, viene con nosotros; precisamente Etty nos muestra que también Dios sufre, que está necesitado, que se siente impotente, que ha sido desterrado del corazón de los hombres, que precisa de nuestra voluntad para transformarnos. Es bello saberlo porque me hace sentir mucho más cerca de ÉL y con más disposición para ayudarlo a recuperarme.

He sufrido porque he vivido, ya estoy en el medio día de mi existencia, soy madre, he parido, he perdido seres queridos, he sido abandonada, he pasado por diversos duelos; incluso creo que tengo una buena

tolerancia al dolor físico y puedo arreglármelas con la tristeza o la frustración, pero me siento incapaz del sufrimiento extremo, me da pánico, porque no se trata sólo de mí.

Sobre mi pregunta por el miedo, Jairo me contestó que en la Presencia Originante está el poder para vencerlo. Del amor y de la confianza en Dios surge la fuerza para resistir, para transformar el dolor en amor, el horror en belleza, como hizo Ety, todo eso lo aprendí en el Encuentro.

Dios, amado Jesús, sé que sin ti nada soy y menos que nada. Quiero buscarte hasta hallarte y dejarme encontrar por ti, pero tengo miedo, ayúdame a sanar, conviértete en mi fortaleza. Sostenme, Señor, sostenme. Enséñame a confiar plenamente en ti, ayúdame a entregarme tranquilamente en tus brazos, a vivir como un lirio en el campo. Es un deseo en lo profundo de mi ser, donde tú te encuentras, quiero volver a estar en tu presencia y permanecer allí contigo siempre. Amén.